

TRABAJAR POR UN MUNDO NUEVO

28 de Abril de 2019

Evangelio según JUAN 20, 24-31

Pero Tomás, es decir, Mellizo, uno de los Doce, no estaba con ellos cuando llegó Jesús. Los otros discípulos le decían:

- Hemos visto al Señor en persona.

Pero él les dijo:

- Como no vea en sus manos la señal de los clavos y, además, no meta mi dedo en la señal de los clavos y meta mi mano en su costado, no creo.

Ocho días después estaban de nuevo dentro de casa sus discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús estando las puertas atrancadas, se hizo presente en el centro y dijo:

- Paz con vosotros.

Luego dijo a Tomás:

- Trae aquí tu dedo, mira mis manos; trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino fiel.

Reaccionó Tomás diciendo:

- ¡Señor mío y Dios mío!

Le dijo Jesús:

- ¿Has tenido que verme en persona para acabar de creer? Dichosos los que, sin haber visto, llegan a creer.

Ciertamente, Jesús realizó todavía, en presencia de sus discípulos, otras muchas señales que no están escritas en este libro; éstas quedan escritas para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y, creyendo, tengáis vida unidos a él.

✠-- ✠

Aterrados por la ejecución de Jesús, los discípulos se refugian en una casa conocida. De nuevo están reunidos, pero ya no está Jesús con ellos. En la comunidad hay un vacío que nadie puede llenar. ¿A quién seguirán ahora?

El evangelista Juan describe de manera insuperable la transformación que se produce en los discípulos cuando Jesús, lleno de vida, se hace presente en medio de ellos. El Resucitado está de nuevo en el centro de su comunidad de seguidores. Así ha de ser para siempre. Con él todo es posible: liberarse del miedo, abrir las puertas y poner en marcha la evangelización. Según el relato, lo primero que infunde Jesús a su comunidad es su paz. Ningún reproche



por haberlo abandonado, ninguna queja ni reprobación. Sólo paz y alegría. Los discípulos sienten su aliento creador. Todo comienza de nuevo. Impulsados por su Espíritu, seguirán colaborando a lo largo de los siglos en el mismo proyecto salvador que el Padre encomendó a Jesús.

No bastan nuestros esfuerzos y trabajos. Es Jesús quien puede desencadenar el cambio de horizonte, la liberación del miedo y los recelos, el clima nuevo de paz y serenidad que tanto necesitamos para abrir las puertas y ser capaces de compartir el Evangelio con los hombres y mujeres de nuestro tiempo.

Cuando Jesús vuelve a presentarse a los ocho días, el narrador nos dice que todavía las puertas siguen cerradas. No es sólo Tomás quien ha de aprender a creer con confianza en el Resucitado. También los demás discípulos han de ir superando poco a poco las dudas y miedos que todavía les hacen vivir con las puertas cerradas a la evangelización.

CONSTRUIR LA PAZ

Ser testigos de la resurrección supone salir de nuestro encierro, pues muchas veces estamos encerrados, como los apóstoles, en nuestros miedos, en nuestras comodidades, en nuestras tibiezas y nos desentendemos del mundo que nos rodea. Tenemos pues que salir a nuestro mundo para ser constructores de paz en una sociedad donde la paz no se destruye solo por las guerras sino por la injusticia y el egoísmo de los hombres, porque no se puede hablar de paz cuando tenemos el número de parados que tenemos, cuando la gente que hay bajo el umbral de la pobreza alcanza cifras escandalosas, cuando la crisis que padecemos no alcanza a todos por igual sino que los que la provocaron son los que ahora se enriquecen con ella y los más débiles se condenan a la miseria.

Por todo ello, la Pascua nos renueva y nos libera para que salgamos de nuestro encierro a ser constructores de paz en nuestra sociedad, sabiendo que esto solo será posible si colaboramos a «cimentar la paz en la justicia y el amor», aportando así los medios para una paz auténtica

LA HUMANIDAD DOLIENTE

Son tantos los que van y vienen por este mundo tan maltratado, tan mal repartido, tan acaparado por pocos que hacen pobres a los muchos.

Estos son los que vienen; se quedaron sin casa, abandonaron su familia, en su tierra no les dejaban vivir o corrían el riesgo posible de perder su propia vida.

Los llamamos refugiados, extranjeros, ilegales.

Les pedimos papeles, certificados, cartas de ciudadanía... y se quedan en la calle.

¿Quién los libraré?

¿Quién los ayudará?

«Los pobres están siempre entre vosotros».

«Y se puso a caminar con ellos».

Así el Señor, en su Divina Misericordia, se hace prójimo a través de nuestras manos, de nuestros pies y, sobre todo, de nuestro corazón.



¿Qué vio Tomás?

Heridas de sufrimiento y muerte. Y heridas transformadas en humanidad glorificada. El día que los discípulos de Jesús vivamos de manera que la gente vea en los creyentes las huellas del sufrimiento por los demás y la humanidad que genera el sufrimiento aceptado libremente hasta la muerte, ese día la respuesta será como la de Tomás: «¡Señor mío y Dios mío!». Y así se humanizará este mundo tan roto y encanallado por la deshumanización que se ve y se palpa por todas partes.

Para reflexionar

- ¿Cuáles son nuestros miedos?
- ¿Somos constructores de paz en nuestra sociedad?
- ¿Contagiamos esperanza a los que sufren?